

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

### RESEÑAS

## Lecciones de la Guerra de Ucrania

«Reseña» a Taibo, C. (2023). *Cuatro lecciones sobre la Rusia contemporánea*. Barcelona: Los Libros de la Catarata, 128 páginas.

José Manuel Rodríguez Pardo

(Universidad de Oviedo)

El pasado año 2024 fue el año del centenario de Gustavo Bueno; centenario que, salvando rarísimas excepciones entre las que se encuentra esta publicación (Rodríguez Pardo, J. M., 2024), pasó totalmente desapercibido para el gran público. No obstante, más allá de las conmemoraciones a las que en esta publicación hayamos prestado especial atención, tenemos que reconocer que si algo ha caracterizado al año 2024, al igual que los anteriores, 2023 y 2022, ha sido el auge de la Geopolítica, a propósito de la Guerra de Ucrania. A dicho tema dedicamos nuestro V Congreso de Análisis Crítico del Presente, con la presencia del politólogo Enrique Refoyo Acedo, de quien ya conocemos algunos de sus trabajos (Rodríguez Pardo, J. M., 2022), y cuyas aportaciones nos permitieron conocer un punto de vista diferente al que estamos acostumbrados en los medios de comunicación habituales. Como colofón a la labor realizada entonces, presentamos aquí, en nuestro número 20 de Revista *Metábasis*, un número monográfico sobre Geopolítica.

Ciertamente, el tema de la Geopolítica viene siendo uno de los temas principales en los últimos tiempos. No conviene olvidar que ya años atrás, en 2020, dedicamos varios trabajos a dicho tema (Rodríguez Pardo, J.M., 2020; Giménez Pérez, F., 2020). Algo que repetimos hoy con este número monográfico dedicado a cuestiones geopolíticas. Podemos encontrar análisis de todas las escalas,

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

desde la Geopolítica de autores clásicos como Carl Schmitt (Giménez Pérez, F., 2025), hasta análisis de plena actualidad como los de Ricardo Veisaga acerca no sólo de Ucrania sino de la caída del régimen sirio de Bashar al Assad, afín a Rusia (Veisaga, R., 2025). Una Guerra de Ucrania que, al menos hasta el 20 de Enero de este año, fecha de la toma de posesión del flamante presidente de Estados Unidos, Donald Trump, seguirá siendo una guerra de desgaste con un incesante goteo de muertes.

Como es obvio, muchos son los textos que han pretendido obtener la clave del conflicto que libran Ucrania (junto a la OTAN y EEUU) frente a Rusia desde Febrero de 2022. Lo más habitual es escuchar un discurso maniqueo donde cualquier atisbo de objetividad tiene que pasar siempre por el apoyo al bando ucraniano, so pena de ser acusado de prorruso. Tal es el caso del libro escrito por el periodista Francisco Veiga, en el que se insiste en que la guerra de Ucrania no es un hecho aislado, sino resultado de la presión de Occidente sobre Ucrania, convertida de facto en un estado satélite de EEUU («Más allá del abrazo de oso de la Unión Europea, Ucrania parecía haberse convertido en un Estado clientelar de los estadounidenses. El entonces vicepresidente de los Estados Unidos, Joe Biden, lo decía medio en broma, medio en serio: «¡Hablo más por teléfono con Poroshenko que con mi mujer!». Pero no era el único. La Embajada estadounidense era el centro del poder en Kiev: los mismos políticos ucranianos se referían abiertamente a nombramientos y despidos en el gobierno examinados personalmente por el embajador Geoffrey Pyatt, e incluso el mismísimo vicepresidente Joe Biden. Sí, el mismo que alcanzaría la presidencia de los Estados Unidos en 2021 y al año siguiente haría suya la «guerra de Putin» en Ucrania. [Veiga, F., 2023, p. 169]). El objetivo de dicha presión es que Ucrania vaya acercándose más y más al mundo occidental, con antecedentes como la revolución del Maidán de 2014, cuya efeméride fue escogida por Rusia para lanzar la «Operación Especial para desnazificar Ucrania»:

Más allá del discurso, podemos encontrar un dato muy evidente pero que parece no ha llamado la atención a ningún analista. La fecha de inicio de la «operación militar especial» contra Ucrania había sido cuidadosamente escogida y poseía una alta carga simbólica. El plan original, según sabemos por los documentos capturados a los marines rusos, era lanzar el ataque el 20 de febrero, aniversario exacto del triunfo del Euromaidan gracias a las fuerzas de choque de la ultraderecha ucraniana. Pero a pesar de los contratiempos, Putin conjugó la simetría y el equilibrio de simbologías y logística militares en el abanico de fechas fatídicas situadas entre el asalto al poder de las fuerzas ultras del Euromaidan, entre el 20 y 21 de febrero —fecha en la cual Moscú reconoció diplomáticamente a las Repúblicas Populares de Lugansk y Donetsk—, y el 25 de febrero, aprobación de la Ley contra la cooficialidad del ruso en la Duma de Kiev que dio origen a la insurrección anti-Maidan. El Día D será, como se sabe, el 24. (Veiga, F., 2023, p. 227)

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

Sin embargo, el periodista tiene que concluir que el conflicto, pese a ser una consecuencia de dicha presión, en realidad es la lucha sobre el papel de dos «fascismos», el ucraniano y el ruso:

En definitiva, el problema de fondo en la guerra de Ucrania de 2022, la cuestión realmente seria, era que aquella contienda no tenía el perfil de la extinta Guerra Fría, porque los contendientes que la libraban no poseían la disciplina de las superpotencias de entonces, le habían perdido el respeto a la disuasión nuclear —una de las bases del equilibrio del terror en la Guerra Fría— y, sobre todo, carecían de la sustentación equilibradora que suponía defender ideologías políticas consistentes. Aquello fue una guerra de neofascistas contra neonazis; nacionalistas contra nacionalistas, como en 1914, en la que intervinieron también potencias en cuyas sociedades el posfascismo ganaba terreno, como una peste silente. No es de extrañar que, por puro esnobismo o por creer que así defendían mejor su posición social o profesional, personajes con cierta influencia considerasen que se podía escalar el conflicto ucraniano hasta la guerra nuclear, con toda la tranquilidad del mundo. Las ideologías habían desaparecido hacía tiempo, todo se basaba en posicionarse ante las opciones que ofrecían los medios o las redes sociales, no en elaborar o analizar las posibilidades existentes. (Veiga, F., 2023, p. 308).

Es obvio que Vladimir Putin utilizó el adjetivo «nazi» en 2022 para referirse a la Guerra de Ucrania como «Operación especial para desnazificar Ucrania», y puede justificarse en el uso de tal simbología nazi en varios de los cuerpos del ejército ucraniano (simbología, por otro lado, prohibida por ley en la legislación de los países de la Unión Europea). Sin embargo, no se ve por ningún lado que Rusia tenga algo de «fascista», «posfascista» o «neofascista». Así, sin siquiera definir el término en ningún momento, sino dándolo por supuesto usando diversos sinónimos (ultranacionalismo, identitarismo), presenta afirmaciones tan sorprendentes como que Aleksandr Dugin es «el analista, estratega geopolítico y padre del actual neofascismo ruso» (Veiga, F., 2023, p. 216). Pareciera entonces que el autor de dicho libro ha optado por la salida fácil, la descalificación que homologa su discurso al habitual de los medios de comunicación occidentales, que optan por el apoyo incondicional a una guerra que en nada beneficia a la Unión Europea y sí a Estados Unidos, como vamos a ver en esta reseña.

Dado que el conflicto de Rusia y Ucrania está lleno de sesgos, decidimos decantarnos en nuestra reseña por un libro en principio «neutral». Y con el adjetivo «neutral» no queremos decir que el autor de dicha obra sea alguien que pretenda mantener una perspectiva de objetividad pura, sino que no tiene intereses de parte de ninguno de los bandos en litigio. Ni ucranianos «nazis» ni rusos «fascistas» [sic]. Y es que hay una distorsión deliberada de la realidad, una suerte de «postverdad» que oscurece cualquier atisbo de objetividad a la hora de juzgar esta guerra:

## Revista Metábasis

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

A esas alturas, el mensaje ruso había sido inequívoco: «*Quid pro quo*. O jugamos todos o se rompe la baraja». Y el toma y daca fue simétrico: si en el Euromaidan se habían impuesto los hechos consumados con ayuda de la violencia de grupos paramilitares, en Crimea se había hecho lo mismo, pero sin apenas muertos ni heridos. Si en el Euromaidan se había instalado un nuevo régimen para el país en base a una apresurada votación inconstitucional, en Crimea lo mismo, mediante un referéndum casi improvisado y con unos resultados de dudosa credibilidad. Si en el Euromaidan se habían desactivado y anulado las fuerzas del orden público que defendían al régimen, en Crimea habían quedado fuera de juego las fuerzas armadas a las órdenes — supuestamente— del nuevo régimen de Kiev.

Si en el Euromaidan se hablaba de «revolución» con descaro, en Crimea se alegaba, con el mismo descaro, el triunfo de la voluntad democrática de la mayoría. En cierta manera, era el éxito en ambos bandos de la «posverdad», ese vocablo que se pondría de moda poco después, a raíz de la victoria electoral de Donald Trump, y que significa: «Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales». (Veiga, F., 2023, pp. 128-9).

Nos referimos a la obra *Cuatro lecciones sobre Rusia*, publicada por el politólogo Carlos Taibo en 2023. Esta breve obra, una suerte de opúsculo, recoge el contenido de cuatro conferencias de Taibo relativas a la Rusia de los siglos XX y XXI. En sus páginas se sopesan la naturaleza del sistema soviético, los cambios acaecidos en los años de la perestroika gorbachoviana, el panorama interno de la Rusia independiente y las relaciones exteriores del país. Los textos que configuran el libro aportan un material de debate singularmente útil, máxime en el contexto actual.

El autor, Carlos Taibo (1956), fue profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Autónoma de Madrid hasta el año 2018, y gran conocedor de las transiciones políticas producidas en Europa del Este durante el fin de la Guerra Fría, así como conocedor de movimientos sociales, especialmente el anarquismo (de ahí su presunta «neutralidad», puesto que, pretendiendo la destrucción del Estado, su crítica será por igual a todos los Estados, en este caso tanto a los de la OTAN como a la Federación Rusa).

Como es obvio, Taibo no podía sino iniciar el libro con su crítica al «experimento soviético» (13), señalando que ya Carlos Marx recibió en 1881 una carta de Vera Zasúlich, miembro de los *narodniki* rusos, «que defendió lo que se antoja una vía rusa singularizada de transición al socialismo» (15). En dicha carta, esta mujer advertía a Marx que Rusia había seguido unas formas de cooperativismo que no eran tenidas en cuenta por la teoría del materialismo histórico, a lo que Marx respondió finalmente que él se había remitido a analizar los espacios geográficos que conocía,

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

y que eran los propios rusos quienes debían valorar si en la transición al socialismo había que tener en cuenta esas formas comunales (16). Obviamente, esta referencia sirve a Taibo para criticar el «experimento soviético», pues según el politólogo «Lenin se limitó a aplicar a rajatabla el esquema, a menudo lineal y determinista, que se derivaba de una interpretación legítima de las aseveraciones del *Marx maduro*, un esquema que el Marx de los últimos años había decidido dinamitar» y, lo que es especialmente importante en la crítica de Taibo, «el asentamiento de un partido férreamente jerarquizado, que se solapó con la maquinaria del Estado naciente» (17).

Este excesivo burocratismo vino acompañado de arbitrarias reparticiones territoriales, pues en 1944 Stalin se decidió a deportar a los tártaros de Crimea cuyo «vacío demográfico consiguiente fue colmado fundamentalmente por rusos y secundariamente, también, por ucranianos. En 1954 el entonces secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Nikita Jrushchov, para celebrar el trescientos aniversario de la alianza histórica de Rusia y Ucrania, decidió regalar Crimea a esta última, con lo cual un territorio mayoritariamente poblado por rusos quedó inserto dentro de Ucrania. Jrushchov no tenía muchos motivos para concluir, claro, que la Unión Soviética podía desaparecer en algún momento y que su decisión de 1954 se convertiría en una fuente de agudos problemas» (32).

Y en efecto, con la caída de la URSS la Federación Rusa resultante fue un estado débil hasta que llegó al poder Vladimir Putin en el año 2000. La suerte de la Federación Rusa heredera de la URSS comenzó a cambiar con la llegada al poder de este singular estadista; tanto es así, que incluso la trayectoria ascendente del país comenzó a declinar cuando decidió nombrar sucesor, teniendo que volver para revertir el efecto negativo:

Hay un dicho castellano que retrata la condición de alguien que tiene mucha suerte en la vida. Me refiero a aquel que reza que esa persona nació *con una flor en el culo*. Parece que Putin nació, ciertamente, con una flor en el culo. Mientras unos precios internacionales de la energía más bien bajos perjudicaron de manera visible la gestión de Gorbachov, primero, y la de Yeltsin, después, en el momento en que tomaba posesión un nuevo presidente ruso, en 2000, esos precios experimentaban un notable repunte. En 2008, cuando Putin, al menos aparentemente, pasó a segundo plano y dejó la dirección formal del país en manos de Medvédev, estalló la crisis financiera internacional, que generó problemas graves —a duras penas podía ser de otro modo— en Rusia. Y cuando Putin recuperó la presidencia en 2012 parecía que Moscú comenzaba a recuperarse. Cierto es que lo que vino después no ha permitido ratificar esa imagen del Putin al que siempre sonrío la fortuna. (86).

Pese a todo, Taibo, en línea con su anarquismo, Taibo considera que el modelo de estado recentralizado, impulsado por la Federación Rusa con Putin en el poder, no ha sido especialmente

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

beneficioso: «Pese a la apariencia de fortaleza que ha rodeado durante muchos años al presidente ruso, no parece que en la vertebración recentralizadora del Estado federal haya tenido más éxitos que los que cosechó Yeltsin en la última década del siglo XX. Muchas repúblicas y regiones han resistido como gato panza arriba ante los esfuerzos del poder central» (65).

E incluso descalifica, al igual que a otros nacionalismos, el nacionalismo ruso tomando como ejemplo el nacionalismo español: «No hay ningún nacionalismo que no plantee alguna discusión territorial. En el magma del nacionalismo de Estado español perviven, por ejemplo, disputas de ese cariz vinculadas ante todo con la presencia de al menos tres discursos nacionalistas alternativos: el catalán, el gallego y el vasco. Pero parece que están cerrados los debates relativos a las viejas colonias americanas del imperio español. Pongo por delante un cauteloso parece porque en este ámbito es preferible eludir las afirmaciones rotundas. Menciono todo lo anterior por cuanto en el caso del nacionalismo de Estado ruso las disputas territoriales presentan una hondura extrema» (66).

Y en efecto, Taibo debería ser cauto, es decir, no demostrar que le importan lo mismo ocho que ochenta desde su anarquismo, puesto que no cabe comparar el nacionalismo canónico español, resultado de la descomposición del Imperio Español en el siglo XIX y la formación de las naciones hispanoamericanas, con un «nacionalismo» ruso que en realidad puede ser interpretado como paneslavismo fácilmente. De hecho, dentro de las numerosas posiciones sobre dicho «nacionalismo» se encuentran aquellas que no sólo reivindican el antiguo *Rus* de Kiev, la Rusia originaria, sino también «las repúblicas del Báltico, del Cáucaso y del Asia central, toda vez que ese territorio formó parte, durante largos períodos, del imperio zarista o de la Unión Soviética de antaño» (67), e incluso «incorporan el correspondiente a países como la República Checa, Eslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, que sabido es formaron parte del bloque soviético de alianzas en la segunda mitad del siglo XX» (68).

Y es que, tanto para Taibo como para cualquiera, es fácil deducir que la Rusia actual no se puede conformar con un territorio mutilado en el que los rusos han quedado desperdigados tras la caída de la URSS: «Mi impresión es que, desde el momento de la independencia de Rusia en 1991, han ido ganando terreno las posiciones territorialmente más ambiciosas, en el buen entendido de que, hasta la guerra ucraniana de 2022, la concreción material de esas posiciones, impregnada de retórica, fue más bien débil» (68). Pese a todo, el profesor Taibo reconoce que «afecta a la lógica imperial: mientras hay nacionalistas que arrastran grandes dificultades para explicar la historia de su país sin vincularla con un imperio que permitió que Rusia se asomase al océano Pacífico y al norte de América —Alaska fue una colonia rusa hasta mediados del siglo XIX—, [...] la existencia de una iglesia ortodoxa autocéfala provoca una vez más disensiones: si muchos nacionalistas rusos concluyen que el proyecto que defienden está inexorablemente unido con la existencia de esa Iglesia, hay quienes afirman, de nuevo, que una y otra realidad deben mantenerse separadas» (69).

## Revista Metábasis

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

Eso sí, cabe establecer la comparación entre España y Rusia respecto a la gran homogeneidad interna entre españoles y rusos. Si en España no existen más conflictos que los generados artificialmente por la clase política con sus procesos de inmersión lingüística (algo que por cierto se ha intentado hacer en Ucrania para dejar de lado el ruso, pese a la inmensa población rusoparlante existente en el seno de este país), en la Federación Rusa hay una gran homogeneidad que hace que su caso en nada se parezca a otro país eslavo como la extinta Yugoslavia, pues mientras que en Yugoslavia los serbios eran apenas el 35 por ciento de la población, «en la Rusia contemporánea el grupo étnico mayoritario lo configuran los rusos, acaso un 78 por ciento de los habitantes. Siendo Rusia un país étnicamente mucho más homogéneo [...], resulta difícil imaginar que en su seno se abra camino un proceso de desintegración violenta como el que se registró en Yugoslavia treinta años atrás» (70-1).

De hecho, ya que citamos a Yugoslavia, la política de sumisión internacional de Rusia hasta el año 1997 ante los intereses occidentales, comenzó a cambiar a propósito de la guerra de Kosovo, pues «en 1997 se abrió camino una creciente tensión entre Moscú y las potencias occidentales. Alcanzó su momento estelar en la primavera de 1999, con ocasión de los bombardeos de la OTAN sobre Serbia y Montenegro, al calor de la guerra de Kosovo. Hubo quien, con enorme imaginación, adujo que era posible una confrontación bélica abierta entre Rusia y alguna de esas potencias» (93).

Sin embargo, con Putin en el poder todo cambió: «Las relaciones entre Rusia y el mundo occidental se enrarecieron a partir de 2007. La principal respuesta de Moscú a la prepotencia occidental consistió, a mi entender, en establecer reglas de control más severas en lo que hace a lo que ocurría en lo que en la jerga se conocía como *el extranjero cercano*, esto es, las repúblicas exsoviéticas. En uno de esos recintos, en Osetia del Sur, en el Cáucaso, las tensiones fueron claramente a más en el verano de 2008. [...] Una ofensiva del ejército georgiano en el verano mencionado fue respondida por Moscú, que al poco respaldó sendas declaraciones unilaterales de independencia de Osetia del Sur y de Abjazia. La reacción occidental fue, de cualquier modo, muy débil» (97).

Podrían señalarse más hitos dentro del mandato de Putin que cambiaron decisivamente las relaciones de Rusia con Occidente, aunque para nuestros efectos, que son extraer lecciones valiosas para entender la guerra de Ucrania, es mejor centrarse en la cuestión ucraniana, la de un país sometido a considerables vaivenes políticos en el período 2004-2014, período en el que «se sucedieron en la presidencia del país figuras políticas que eran etiquetadas como *prooccidentales* o *prorrusas*» (100). Así, a partir de 2010, Víktor Yanukóvich, prorruso, hubo de huir cuando en febrero de 2014 tuvo lugar la famosa revolución del Maidan: «En 2013-2014 se hicieron valer en Ucrania, en suma, sucesivas crisis. A finales del primero de esos años se desarrollaron en muchas ciudades ucranianas, y con singular fuerza en la plaza Maidan de la capital, Kyiv, manifestaciones en las que se reunieron dos flujos muy diferentes: mientras el primero lo protagonizaron

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

movimientos sociales que criticaban legítimamente muchos de los elementos de la política del presidente Yanukóvich, el segundo llegaba de la mano de grupos de extrema derecha que pronto se hicieron fuertes en algunos estamentos del aparato de poder ucraniano. En febrero de 2014 Yanukóvich huyó a Rusia de resultas de lo que en Moscú, con argumentos respetables, se entendió que no era sino un golpe de Estado» (100-1) Como respuesta, «el mes siguiente se organizó en Crimea, a instancias del Kremlin, un referendo de autodeterminación que, no precisamente limpio, se saldó con una clara mayoría en provecho, primero, de la independencia de la península y, después, de su anexión por Rusia. En las semanas siguientes estalló en la cuenca del Donbás, en la Ucrania oriental, una sangrienta guerra que enfrentó al ejército ucraniano y a milicias secesionistas prorrusas» (101).

Obviamente, los argumentos acerca de la legitimidad de la guerra de Ucrania pueden ser ociosos, pero como el propio Taibo reconoce, «En la gestación del fenómeno Putin tal y como hoy lo conocemos las potencias occidentales han sido decisivas, y ello las convierte en corresponsables de la gestación de la guerra en Ucrania. El hecho de que la agresión militar rusa de febrero de 2022 no pueda defenderse bajo ningún concepto en modo alguno significa que debemos olvidar la responsabilidad occidental al respecto» (103).

Asimismo, Taibo considera un error de percepción señalar que Rusia salió triunfante de las crisis ucranianas de 2014: «Aunque es verdad que ganó para sí Crimea y que sentó las bases de una dominación en una pequeña parte de la Ucrania oriental —la cuenca del Donbás—, no lo es menos que perdió el control, por liviano que antes fuera, sobre el resto del territorio ucraniano. Una visión geopolítica, muy discutible, que disfruta de muchos apoyos afirma que Rusia será un imperio si domina Ucrania, pero perderá su condición de tal si pierde ese dominio. Creo que el presidente Putin abraza a ciegas semejante visión» (104).

Para Taibo «la única instancia que parece salir bien parada es la OTAN. Su fortalecimiento anuncia militarización, crecimiento general en los gastos de defensa, negocios prósperos para la industria de armamentos, autoritarismo, represión de las disidencias, injerencias e intervenciones que en adelante no van a precisar la etiqueta de humanitarias. Por detrás de la OTAN está, naturalmente, Estados Unidos [...]. La posición norteamericana, la de un país muy alejado geográficamente del conflicto, es muy cómoda y ventajosa. Washington está obteniendo pingües beneficios en el terreno de la exportación de materias primas energéticas y de armas, y en más de un sentido está contribuyendo a matar dos pájaros de un tiro: el de Rusia, claro, pero también el de la UE» (112-3).

Ahora bien, puestos todos estos condicionantes sobre la mesa, toda esta información positiva de la historiografía de nuestro presente, ¿qué importancia pueden tener todas estas consideraciones para la Geopolítica? Dicho de otro modo, para referirnos a lo que este número monográfico pone sobre

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

la mesa: ¿por qué cabe decir, dicho claramente, que este libro de Carlos Taibo tiene valor geopolítico y no meramente documentalista o ideológico?

Pues porque el propio Taibo señala, pese a caer en contradicción con la visión nacionalista de Rusia como un nacionalismo más («todos los países son malos y no deberían existir», dirá desde su anarquismo), percibe que Rusia, dada su situación geográfica ocupando dos continentes, jamás podrá ser un país cualquiera: «pese a todo, Rusia nunca podrá ser una potencia meramente regional. Basta con echar una ojeada a su ubicación internacional, en el centro de las tierras emergidas del norte del planeta, para concluir que un país que mantiene fronteras con la Unión Europea, con los orientes próximo y medio, con China y, en los hechos, con Japón y con Estados Unidos nunca podrá ser—lo reitero—, ni siquiera en los momentos de mayor postración, una potencia meramente regional» (120).

Y es que la Geopolítica de los EEUU y de la URSS, los dos verdaderos bandos en litigio a través de esta guerra en la «frontera de dos civilizaciones», por usar la expresión de Samuel Huntington, se revela claramente diferente a poco que se haga un análisis somero de la cuestión:

Termino estas apreciaciones con el recordatorio de que, a la hora de juzgar lo que fueron el imperio zarista y la Unión Soviética, y lo que es la Rusia de estas horas, conviene prestar atención a la dureza del recinto en el que esas fórmulas han cobrado vigor. La cordillera de los Urales nunca sirvió para impedir la llegada, a la estepa rusa, de un sinfín de pueblos procedentes del interior de Asia, de la misma manera que las llanuras centroeuropeas no acertaron a evitar la arribada de los ejércitos de Napoleón y de Hitler. Frente a esa condición, Estados Unidos está separado, por dos gigantescos océanos, de las principales áreas de conflicto del planeta. Si el territorio continental estadounidense no ha acogido ningún conflicto bélico desde mediados del siglo XIX, Rusia ha sido escenario, junto con otras, de dos devastadoras guerras mundiales saldadas en millones de muertos y en la destrucción de un sinfín de infraestructuras. Para que nada falte, la ubicación del grueso del territorio ruso en posiciones más septentrionales que las que muestra el de Estados Unidos ha dificultado una diversificación económica y comercial que se ha visto obstaculizada, también, por un régimen, el de los ríos, que en Rusia discurren en la mayoría de los casos de sur a norte y desembocan en recintos climatológicos adversos (121-2).

De hecho, el único sentido que tiene el que la OTAN, una organización ya sin sentido tras la caída de la URSS, no sólo siga existiendo sino que intervenga tan activamente en un conflicto ajeno a sus fronteras, es el intentar que los Estados Unidos intenten recuperar el territorio perdido ante los países emergentes, los BRICS, entre los que Rusia se encuentra. Y para ello nada mejor que contribuir a sostener, que no a ganar, una guerra en la que Rusia se desgaste y se genere una

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

inestabilidad creciente en Eurasia, de la que los Estados Unidos, al igual que han hecho en Oriente Medio, salgan nuevamente beneficiados. El objetivo sería evitar que el «Siglo Americano», es decir, la época de dominio de los Estados Unidos en el mundo, se desvaneciese, en el contexto de un orden mundial cada vez más multipolar. Así al menos se ha planteado durante los cuatro años de presidencia de un Joe Biden a punto de abandonar la Casa Blanca, tras la derrota aplastante sufrida por los demócratas en las recientes elecciones americanas:

[...] la liquidación del *America First* de Trump, que Biden reemplazó por la afirmación de que Estados Unidos estaba de vuelta y «listo para liderar el mundo». [...] La redefinición del papel de Estados Unidos en un mundo multipolar es, en definitiva, una de las grandes cuestiones que el país tiene ante sí. A la hiperextensión imperial de Bush hijo le han seguido distintas modalidades de repliegue bajo Obama, Trump y Biden, dando muestras del ocaso del «siglo americano» y de un declive relativo que parecen avalar las cifras. Si en 1950 la población de Estados Unidos representaba el 6,2 por ciento del total mundial, en 2020 había descendido hasta un 4,2 por ciento y las previsiones eran que continuara perdiendo peso relativo. La participación del producto interior bruto estadounidense en el total mundial descendió del 40 por ciento en 1960 al 24 por ciento en 2020 (o el 15,9 por ciento en paridad de poder adquisitivo), con proyección igualmente descendente ante el auge de China, India y otros países llamados emergentes, [...] (Sanz Díaz, C., 2022, pp. 259-60).

Dados estos condicionantes, y teniendo en cuenta que el libro fue escrito en 2023, cuando el acontecimiento aún estaba en proceso (y aún sigue estándolo), Taibo es escéptico respecto a una posible paz en esta guerra tan decisiva en el siglo XXI: «Las posibilidades, entre tanto, de que la guerra termine y se abra camino un acuerdo de paz se antojan lejanas en el momento en que estas líneas se escriben. No parece que ninguno de los dos bandos enfrentados —y en el ucraniano incluyo a las potencias occidentales— contemple ningún horizonte de concesiones y de reflexión autocrítica» (113). Y es que Taibo propone de manera aparentemente razonable que «se impusiese una reanudación de las negociaciones interrumpidas meses atrás, seguida de un acuerdo de alto el fuego, la retirada de los contingentes militares rusos, el establecimiento de garantías de seguridad para Moscú —que incluyan, del lado ucraniano, un compromiso de neutralidad y de no incorporación a la OTAN—, la celebración de referendos de autodeterminación internacionalmente supervisados en los *óblasti* ucranianos que Rusia reclama como propios y, ojalá, el procesamiento de eventuales criminales de guerra» (113-4). Y decimos aparentemente porque bien sabemos que Rusia no va a confiar en la contención de la OTAN, y desde luego los rusos no van a ceder los territorios del este de Ucrania que a día de hoy obran en su poder. Nos vemos abocados a que esta guerra continúe con el apoyo constante de la OTAN a Ucrania... salvo que la llegada al poder de Donald Trump, el 20 de Enero de este año que recién comienza, dicte algo diferente. Aunque eso será ya otro capítulo de esta interminable historia geopolítica.

## Revista *Metábasis*

Más allá de Gustavo Bueno

μετάβασις εἰς ἄλλο γένος

### BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Giménez Pérez, F. (2020). «Reseña» a Mazower, M. (2018). *Gobernar el mundo. Historia de una idea desde 1815*. Valencia: Barlín Libros, 570 páginas. *Revista Metábasis*, N.º 5, pp. 83-89.

Giménez Pérez, F. (2025). *Geopolítica en Carl Schmitt*. *Revista Metábasis*, N.º 20, pp. 05-21.

Rodríguez Pardo, J. M. (2020). *El materialismo filosófico como Geopolítica*. *Revista Metábasis*, N.º 5, pp. 47-57.

Rodríguez Pardo, J. M. (2022). *La Geopolítica rusa vista desde España*. «Reseña» a Refoyo, E. J. (2016). *Esbozos de la historia política rusa y otros temas geopolíticos*. Tarragona: Ediciones Fides, 209 páginas. *Revista Metábasis*, N.º 12, pp. 95-102.

Rodríguez Pardo, J. M. (2024). *Homenaje a Gustavo Bueno. Más allá de la Teoría del Cierre Categorical*. *Revista Metábasis*, N.º 19, pp. 05-40.

Sanz Díaz, C. (2022). *Breve historia de Estados Unidos*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

Veiga, F. (2023). *Ucrania 22. La guerra programada*. Madrid: Alianza Editorial.

Veisaga, R. (2025). *La incursión a Kursk*. *Revista Metábasis*, N.º 20, pp. 63-74.

Recibido: 10 de Diciembre de 2024.

Aceptado: 13 de Diciembre de 2024.

Evaluado: 19 de Diciembre de 2024.

Aprobado: 21 de Diciembre de 2024.